

# CARLOS Bernatek



TIERRA FIRME



'TA LOCO AQUEL  
QUE QUIERA TU CORAZÓN

TIERRA FIRME

---

'TA LOCO AQUEL QUE QUIERA TU CORAZÓN

CARLOS BERNATEK

'TA LOCO AQUEL  
QUE QUIERA  
TU CORAZÓN



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2024

---

Bernatek, Carlos

Ta loco aquel que quiera tu corazón / Carlos Bernatek. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura  
Económica, 2024.

210 p. ; 14 × 21 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-532-3

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. I. Título.

CDD A860

---

### *Distribución mundial*

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México  
www.fondodeculturaeconomica.com

Ilustración y armado de tapa: Juan Balaguer  
Diagramación de interior: Hernán Morfese  
Corrección: Patricia Motto Rouco y Rosina Balboa  
Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-532-3

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*  
Hecho el depósito que marca la ley 11723

*A la memoria de Roberto "Pájaro" Bernardi  
y Luis Chitarroni*

¡Qué extraña sustancia es la noche de cada día!  
¡Qué materia singular impregna la naturaleza y  
se traga al mundo!

PASCAL QUIGNARD

## 1.

SI UN GESTO hubiera podido definir aquel día, habría sido el miedo. En los cinco minutos posteriores al amanecer, cuando pisé la calle y esa zona rústica de la vereda avainillada bajo el parque sombreado de tipas, seguía sin sentir temor. Pero algo, una reacción espontánea que me impulsó a protegerme, a rehuir el peligro como hace un animal acechado. No tocar nada, me dije en el momento en que retraje la mano. Fue un modo de huir cuando estaba a punto de rozar la frente del chico: la cabeza sobre el cordón, los ojos abiertos mirando a la nada debajo de la gorra de Los Ángeles Lakers; la transpiración como un solo lamparón extendido sobre la remera, la campera abierta y la nuca colgando sobre el asfalto. Y como marco, el verde del pasto bordeando el extremo del cemento. El parque, ¿cómo se llama el parque? ¿De la Locomotora, de los Niños? Nadie caminando, nadie paseando al perro; felizmente para mí, ni un corredor matutino, ni un vendedor de churros. Domingo, muy temprano, apenas un destello de la alborada sobre la laguna: las cinco de la mañana, el brillo amenazante del sol que, en un par de horas, iba a calcinar las veredas y los techos. Pero en ese preciso instante, todavía la bruma borroneaba el horizonte. Detrás de la costanera se oía el sonido ahuecado del agua golpeando, más allá de la avenida, de la arboleda de palos borrachos aún florecidos. ¿Qué hacía ahí? ¿Cómo había llegado a ese lugar, lejos de casa, a esa hora? La respuesta se diluyó en la misma bruma.

Silencio; un pájaro discreto entre las ramas. ¿Hay cámaras? ¿Alguien vio algo? Silencio. Al costado del cuerpo, sobre el césped, un bolso de nailon azul de esos sin forma. Descorrí el cierre: billetes, fajos de dólares, prolijos, nuevos; oliendo a queso rancio, a tinta, a sudor. Muchos billetes. El chico tieso pareció volver a la vida, movió un brazo con los ojos ahora cerrados: apenas respiraba. Volví a revolver la mirada: nada, nadie. Cerré la bolsa, la tomé rápido y subí al auto. Se encendió al primer intento; aceleré con precaución para no hacer ruido: primera y salí lento, mirando para todos lados. Nadie. Se sentía la humedad, ese clima extraño de Santa Fe donde el frío, cuando excepcionalmente llega, es una oleada breve que castiga un mes, no más de cuarenta días, y se desvanece. Vi por el espejo el vapor del caño de escape. Cantaba un gallo lejano cuando crucé Martín Zapata. “Ya está, ya salí del foco de una lente imaginaria”, pensé mientras aceleraba por Vélez Sarsfield. Cuando pude, retomé hacia la Costanera por Siete Jefes, rumbo al Puente Carretero. Iba muy rápido y seguía pensando: “¿Alguna cámara me habrá filmado?”. No fue intencional: no lo vi. Ni ruido hizo: apenas había movido el auto cuando escuché el golpe seco. Recién me di cuenta cuando lo vi derramado contra el límite del cordón y el césped, la bicicleta tirada, el cuerpo, un nudo deshecho. Ni cinco metros había alcanzado a recorrer con el coche. Yo estaba sobrio, adormilado pero sobrio. El alcohol de la noche era apenas una resaca leve. No lo vi, nunca lo vi.

De pronto, como una recidiva, un recuerdo de la infancia: el chico de los Carrera, en Laguna Paiva: se cae de la bici, se golpea la cabeza con el cordón. Se levanta mareado. Sigue en pie. Esa misma noche se acuesta en su cama y no despierta nunca más. Horror en la familia, en el barrio: golpes silenciosos que matan tardíamente, la muerte con *delay*. Y las voces que apostrofán la escena: el riesgo está siempre ahí, latente, cerca, agazapado, y le puede tocar a cualquiera.

## 2.

Y EN TANTO, de vuelta al presente... ¿Dafne? ¿Qué carajo está haciendo Dafne, mientras yo atropello a un pibe desconocido con semejante bolsa de guita? Durmiendo, sin saber lo que acaba de ocurrir a metros de su casa, en el edificio que mira a la laguna, un piso grande, con ventanales que abarcan todo el balcón, donde anoche mismo, hace apenas unas horas, tomábamos y nos aproximábamos, primero lentamente, después arrebatados. "Reconstrucción del hecho", me digo en lenguaje leguleyo-policia, como si la escena anterior, tan próxima, perteneciera sin embargo a una lejana nebulosa; me obligo a rearmar la acción completa que va a quedar jugando en mi cabeza. Tres días antes me llama Dafne. No la veía desde hacía mucho tiempo: estuvo una temporada en Rosario, en Buenos Aires. Dafne sabía vender ese papel de mujer de negocios, siempre gerenta, encargada, jefa, ejecutiva, nunca tropa. Era un poco ese aire familiar de los Pujol, catalanes sin guita pero con humos aristocráticos, fundadores de Colonia Pujol. De la vaga fortuna les quedó la casa familiar en Barrio Candiotti, deteriorada pero en pie, como la prosapia. Los viejos habían muerto, sobrevivía alguna tía postrada, las hermanas menores, y la reja de hierro oxidada que fue lo primero que me llamó la atención después del cuerpo de Dafne. Había sido mi jefa en el banco, la conductora de un grupo de vendedores que se pretendían "jerarquizados" en el trato, muchachos de familias bien sin herencia, apenas con rasgos de buena presencia,

que se ponían corbata, aceptaban un sueldito misérrimo y se aferraban a la promesa de hipotéticas comisiones generosas. Yo ya había visto muchos de esos experimentos y estrategias diseñadas en otros sitios, que difícilmente funcionaban en Santa Fe, porque no reconocían los modos y las costumbres con las que aquí se vincula la gente. Pero sin otra opción, yo también necesitado de un ingreso fijo y con Carla embarazada, no tuve alternativa. Dafne nos dictaba los cursos de capacitación: pintada y maquillada a las siete de la mañana, vestida como una ejecutiva de Wall Street, el pelo impecable, fumando unos elegantes Virginia Slim sin tragar el humo, más por pose que por placer, desplegabla su histriónica imagen de conductora. Debía tener entonces unos cuarenta y cinco; yo tendría diez menos. Todo el mundo suponía que andaba con el gerente, un tilingo que venía de Buenos Aires y permanecía de lunes a viernes en Santa Fe; la historia repetida, a veces prejuiciosa pero tan fácil de intuir que siempre resultaba cierta. Dafne había estado casada con un tipo de mucha guita, un tráfuga que había sido mi compañero en el Inmaculada: Santi Malamud, uno de los pocos judíos convertidos admitidos por los *goy*, que fanfarroneaba al hacerle saber a todo el mundo que, en su origen, el apellido derivaba de *mela-med*, y quería decir “maestro”. Todo el mundo supo pronto en Santa Fe que Santi, “el Maestro” Malamud, recién recibido de contador, ya andaba en cosas turbias —mesas de dinero, préstamos, casas de cambio—, pero como solía ocurrir, su bonanza económica le otorgaba cierto prestigio que se consideraba mucho más importante que el origen de su dinero y su impureza social. Lo importante para afuera era ser un maestro amasando guita, independientemente de cualquier honestidad, y muchas veces, en aquel imaginario del centro chusma santafesino, de los cafés de machos jodones, resultaba más meritoria la maniobra de un inmoral que cualquier austera destreza virtuosa. Una condición particular del respeto radicaba en que la ilegalidad no obturara su

vida social, que el tipo pudiera mostrarse sin temores en aquellos sitios que sumaban –según el estándar tilingo– a su aceptación comunitaria. El vivo, el que la había hecho en base a astucia, era más celebrado que el que se había deslomado, aunque el éxito fuese efímero; y, en cualquier caso, sobreviviría como anécdota. Los que manejan dinero y poder siempre piensan que el origen espurio de una fortuna es una muestra de talento, y que una vez consolidados, se blanquea y se olvida. El testimonio de la bonanza de Malamud, de aquel matrimonio breve y sin descendencia, quedó materializado para Dafne en el piso de la Costanera, tras del divorcio. Tampoco era una mansión afrancesada de la avenida Siete Jefes, esos resabios de la aristocracia arcaica, de matriz colonial, ya en vías de extinción. Pero aun cuando al nuevo rico se lo estigmatiza, *business are business* en un presente en el que manda la plata.

### 3.

MIENTRAS FUE MI JEFA, Dafne siempre me tuvo debilidad, diría mi madre. Solía desplegar algo cercano a la seducción o a la coquetería como una actitud deportiva, embozada en una demostración de poder. Era obvio: en el plantel del banco, sin presunción, yo tenía más experiencia, era joven y entendía el código empresarial, al lado de unos pibes ingenuos, malcriados, que nunca habían trabajado, o de otros medio cascajos que seguían usando trajes y palabras perimidos. No se trataba de destacarme en el plantel, sino de mantenerme en el equilibrio de lo aceptable por condiciones objetivas que no me había propuesto.

Muchas veces llevé a Dafne a su casa, pese a que mi Renault 12, el mismo que sigo teniendo, estaba muy lejos de un estatus elegante. Ella, sin embargo, lo veía como una excentricidad, como si yo eligiera el 12 para hacerme el raro pudiendo tener un BMW. Eso sí, se sentaba temiendo ensuciarse la ropa con el tapizado vetusto. En esos periplos breves hubo ocasiones de proximidad, cierto clima insinuado entre nosotros, pero yo nunca quise arriesgarme: necesitaba el trabajo y, más allá del juego de seducción, yendo a lo práctico, tampoco me surgía el entusiasmo de tener una aventura. Dafne me resultaba una especie de modelo retirada, que conservaba la astucia, la imagen impecable, pero carecía de algo picante, algo capaz de justificar un arrebató. Fui cauto, jamás le pregunté por el gerente del banco; ella sabía perfectamente que conocía bien a Santi Malamud, su ex, que habíamos

hecho todo el secundario juntos, y era claro que omitía mencionarlo de forma deliberada. De algún modo, conocer a Malamud sumaba a mi favor una suerte de complicidad. Tal vez por eso, y también por su propia conveniencia, me promovió a supervisor, algo que en realidad no operaba en la práctica como beneficio: más trabajo por una mejora salarial insignificante, y una jerarquía que no me importaba, pero bueno: demostró cierta consideración hacia mí, un gesto.

Pasó el tiempo, y cuando ocurrió el llamado de Dafne, hacía mucho que ambos habíamos dejado el banco. Mientras yo gastaba zapatos para una compañía de seguros recién instalada en Santa Fe con ínfulas de colonizadores de la pampa gringa, ella había vuelto a ser gerenta o algo así, en una empresa de medicina prepaga importante. Dafne, había que reconocerlo, sabía vender su imagen independientemente de su eficacia laboral. Eso siempre me llevaba a pensar lo mismo: hay lugares en esta sociedad que deben ser ocupados más por las formas que por el contenido; lugares de relativa responsabilidad que precisan figuras simbólicas antes que actores. Porque el trabajo, mal o bien, alguien lo hacía, pero para el escalafón jerárquico, el reino de los modos oportunos, y para emitir el discurso adecuado, era más importante la estampa que la eficiencia. Y Dafne siempre daba el perfil para esos roles.

Algún comedido —cualquiera en Santa Fe puede serlo fácilmente— le había dado mis datos. Con una frescura digna de haberlos visto el día anterior, y sin relación laboral de por medio —lo cual relajaba las cosas—, Dafne me invitó a cenar a su casa. “Traé un champán bueno”, pidió como guiño y anticipo de algo por festejar. Me sorprendió de algún modo, pero pensé en cierto fatalismo de esas situaciones que más tarde o más temprano terminan sucediendo, y uno intuye que, con solo dejar fluir el tiempo, ocurren.

A todo esto, con Carla veníamos muy del culo: el embarazo le había pegado tan mal que apenas hablábamos. Había días mejo-

res, pero la constante era un lenguaje telegráfico, la disparidad de horarios compartidos y una tensión eléctrica en el ambiente que amenazaba con desmadrarse. Carla seguía dando clases, abstraída en lo suyo; me había bajado una persiana corporal infranqueable, al punto de que transcurrían semanas sin rozarnos. El pacto tácito consistía en no romperle las bolas al otro al extremo de mandar todo al carajo. Me inventé un viaje esa noche. Pasé por el súper y compré un Chandon accesible, no me daba para un Pommery; tampoco pensé que me revolvería mi humilde Moët por la cabeza. Así aterricé en el edificio de la Costanera. Era un poco tarde, pero Dafne me recibió con naturalidad, como si los horarios de los capos comenzaran cuando a ellos se les cantaban las pelotas. Espléndida, hiperproducida, parecía estar actuando para una cámara oculta. Metió el champán en el freezer y trajo uno suyo que ya había empezado a escanciar antes de mi llegada. Por supuesto, no trajo sidra: era un Dom Pérignon que, pese a provenir de la misma bodega, tiraba a la mierda mi Moët aspiracional. Dafne tenía un vestidito ligero que resolvía algunos de mis interrogantes sobre su cuerpo. Primero dudé, pero en base a mi memoria emotiva, confirmé que se había hecho las tetas, y no había ahorrado. Siempre delgada, el culo importante ya lo tenía de antes y se notaba que había gimnasio, mucha sentadilla para elevar lo que el tiempo desparrama. El rictus de la cara era lo que menos alterado lucía: una boca particular de rictus negligente. Siempre fue trompudita, como esos signos de orgullo de clase pretenciosa; ahora, las arrugas laterales, en un gesto despectivo, acentuaban los labios un poco exagerados por algún inyectable. Y precisamente en esa trompita residía cierta nota altiva, un gesto de autoridad, de imposición de la voz. La nariz aguileña de los Pujol, respetada quizá como marca de fábrica, un perfil personal, y el cabello virado hacia el caoba con sumo detalle de colorista fino, una melena casi inmaculada que seguía llevando larga contraviniendo la costumbre santafesina de, llegados los cuarenta,

recurrir al corte prudente y los claritos. En su imagen cohabitaban la tradición y la distinción, el respeto y la marca de estilo, y eso tenía que ver profundamente con los roles, no era casualidad. Si uno analizaba e interpretaba esos detalles, todo tenía un deliberado fin de exposición pública. Dafne tendría cincuenta, yo cuarenta, pero la diferencia de edad no se advertía: porque ella se cuidaba como de mearse en la cama, o porque yo estaba más destruido de lo que debería.

#### 4.

LAUREANO CANTÚ era nuestro profesor de Historia en los jesuitas. Un tipo carismático, de los pocos que, a medida que se ganaban al alumnado entusiasta, construían resquemores y sospechas entre los curas. A Cantú lo echaron tempranamente; su militancia era un secreto a voces, como su carismática presencia: un tipo diminuto, barbado, semicalvo, pero con una coleta en la nuca que lo distinguía en su irreverencia estética. No tardaron en llegar quejas de las familias conservadoras, que advertían en sus criaturas un extraño discurso anarquista. Cantú había estado en las filas de los Uturuncos, en la protohistoria guerrillera, con los legendarios Seravalle y Camele en Santiago del Estero, participando en la toma de la Jefatura de Policía de Frías. Ciertas disidencias ideológicas en el grupo de entonces acovacharon a Cantú bajo el ala católica de su familia, que lo salvó de la cárcel y lo instaló en el Inmaculada bajo la sombra protectora de la Iglesia. De todos modos, los jesuitas nunca confiaron en aquel docente atípico, hasta que lograron, con el tiempo, su despido. Despojado de su cobertura eclesiástica, antes de la dictadura —para su bien, dicho esto a la luz de la historia transcurrida—, cayó en cana, y transitó por todas las cárceles provinciales del Litoral, de Coronda a Formosa. La pasó mal, fue torturado, padeció simulacros de fusilamiento y se dijeron cosas peores, aunque nadie lo tildó nunca de buchón. Cantú sobrevivió a todo, se recibió de abogado en la cárcel, y fue liberado con la democracia. A esta altura ya

era un personaje mítico en el colegio: era evocado siempre, aun por quienes no lo habían conocido. En los noventa cobró una indemnización con la cual se compró una casita en Sauce Viejo, frente al río. Algo debe haberle ocurrido, quizás extrañaba la ciudad, o se hartó de la naturaleza, o alguna otra cuestión íntima, el asunto fue que, pasados los años, en el mismo silencio en que había partido, decidió volver. Consiguió un trabajo discreto en la Legislatura, a la sombra de algún diputado. Y, aunque de su vida personal, se decían muchas cosas, que vivía con una exmonja, que era gay y tenía un chongo, que tenía una familia oculta en Paraná, y otras derivas, Cantú supo armar una zona de exclusión sobre su vida privada. En condiciones normales, no debería importarle a nadie qué hacía con su culo, pero en Santa Fe, la Sodoma calurosa, eso sí importaba, como un certificado de decencia. Falso, como la mayoría de esos documentos.

Por alguno de esos caminos tortuosos, alambicados, por esas casualidades nada casuales, Cantú comenzó a destacarse a la sombra del diputado Eseverri, un tipo digno de toda sospecha. A través de esa política de bares, de cenas, de reuniones en las cercanías de la Legislatura, o en parrillas de Guadalupe, Eseverri y Laureano Cantú establecieron un tándem. Era fácil suponer que Cantú construía discursos y Eseverri acciones, herramientas imprescindibles ambas para cualquier proyecto, porque Cantú era un teórico, un tipo formado al que no le habían faltado batallas, pero ahora priorizaba la voz de su experiencia en el entramado brumoso de la rosca política. Era una transición curiosa: no todos los militantes de la época de los fierros habían pasado a la rosca política con éxito. Cantú sí, y podría suponerse que era mejor tramoyero político que combatiente.

## 5.

NI BIEN ENTRÉ al departamento, Dafne me tomó firmemente de la mano como si me fuera a sacar a bailar, y me condujo al balcón. Sentí la caricia de su mano tibia, perfumada, como un significativo primer contacto. Soplaban una brisa húmeda, todavía calurosa pese a la hora, pero ella parecía atérmica, como si ningún aire grotesco, ningún calor rústico litoraleño fuese capaz de desdibujar su maquillaje, su sonrisa cuasi fluorescente (¿se había hecho un blanqueamiento de dientes, que relucían de aquel modo, casi azules de tan blancos?) y sus modos pletóricos de amenidad, casi una exageración montada en su *physique du rôle*. El caso fue que, a la tercera copa de Dom Pérignon, con la panza vacía, nos empezamos a amasijar en la misma balconada.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —me preguntaba Dafne como para que yo no respondiese y siguiera adelante, como si elaborara mentalmente una justificación convincente.

"Vos siempre me tuviste ganas, ¿no?"

"A mí no me eras indiferente... yo te miraba."

"Sabés que estoy sola hace bastante tiempo..."

Esa sucesión de sentencias, que parecían un decálogo íntimo en variante confesional, no hicieron más que conducirnos al cuarto, con su apropiado aire acondicionado encendido, lo que ya indicaba premeditación, y tal vez alevosía, donde le quité la poca ropa que aún tenía y, antes de cualquier arrebato, atisbé las bondades de un trabajo bien hecho, demasiado bien hecho para

ser realistas, porque esas tetas tan perfectas no podían ser reales, y aun así, no perder la naturalidad de su textura; porque el cuerpo parecía tallado o esculpido, desajustado a su edad, y hasta daba miedo apretarlo a riesgo de que se desbaratara semejante edificación. Y el culo, el importante culo, lucía enhiesto, con esa arrogancia veinteañera tan distante en el tiempo. Como yo había aprendido a no preguntar boludeces, me entregué a una sesión de oralidades largamente compartidas, ignorando si mi propia capacidad de contención podría soportar más de quince minutos de succión, carnavales en la glotis, deglución cuasi total, matizada por unas artesanías puntuales que parecían ensayadas: el tornillo y la peladura, el acelerador manual, la morsa de manos. Sin embargo, ya en los primeros escarceos advertí un detalle significativo: Dafne estaba fría, tenía el cuerpo casi helado y no por efecto del acondicionador. Su boca era gélida, su lengua. Mientras los cuerpos se acomodaban, cambiaban de postura o se enroscaban, hubo un instante en que no pude reprimir el impulso, y la penetré de un envión. Si bien notaba su humedad, sentí que había ingresado a un freezer, y que ese frío interno suyo parecía la tundra, la Siberia soviética en la ciudad más calurosa del mundo. Ella se encargó de girar el cuerpo, de serpentear retirándose para volver al trabajo bucal, algo que parecía obsesionarla. En ese trance, metí mano en su entrepierna y comencé a trabajar en la aclimatación. Primero fue lograr cierta tibieza, una tarea meticulosa, pausada, persistente, y de pronto, a medida que crecían la temperatura y la humedad ambiente, apareció la anguila, el solicitante descolocado:

—Es un bicho, ¿viste? —dijo Dafne como si la avergonzara, pero ya no pudiera ni quisiera detener al aparecido— ... un bicho —repitió, mientras de ese gran clítoris comenzaban a fluir a ramalazos unos chorros cada vez más calientes, más extensos, como si se estuviera meando con una hidrolavadora, salpicando a distancia. Dafne gemía muy fuerte, pasaba del grito pelado a un

jadeo ronco de fumador de Colmena, y me aferraba la mano con fuerza como si temiera que yo fuese a retirarla, mientras seguía salpicando como una poseída. Yo me mantuve inmovible dispuesto a aguantar hasta desagotarla, si fuera preciso. Cuando recuperó la serenidad, y la respiración normal, giró de pronto hacia mí, me besó en la boca, y me manoteó el ganso como para corroborar el estado:

—¿Me querés hacer el culo?

Miré al cielorraso tratando de encontrar la imagen de san Cayetano, del Gauchito Gil o del Embolsadito de Rincón, cualquiera que hubiese decidido acordarse de mí con un guiño cómplice esa misma noche. Tal vez haya sido san Expedito, por lo veloz de la respuesta: hice lo mío con inconmensurable placer, como se hacen las labores gratificantes; con aquel culo proclive, y tan bien dispuesto, nada podía fallar. Y enlacé mentalmente la palabra “labor” con “tarea”, recordando de la escuela la “tarea para el hogar”, tiempos en los cuales *esto* ni siquiera entraba en el imaginario más frondoso. Fue una muy digna coronación. Pero un instante más tarde, cuando el pensamiento se reacomoda al pedestrismo, a la vulgaridad de lo cotidiano, cuando bajan las revoluciones y las erecciones, reflexioné sobre el lenguaje de Dafne, sobre esas palabras que había usado, una obscenidad que nunca había escuchado ni imaginado en su boca. Pensé: “¡Caramba, caramba!”, como cuando uno descubre el lado oscuro de determinado paisaje que creía predecible, como cuando un electrocardiograma plano extiende de pronto a ramalazos sus líneas punzantes de vida recobrada.

## 6.

COMO EN UN ATERRIZAJE forzoso, bajado a tierra violentamente por el incidente, aceleré por la 168, giré con rapidez en La Guardia y salí disparado rumbo a Colastiné. La mente fija en el asfalto, donde se me aparecía la carita del pibe, un fantasma recurrente en mi retina. No había querido volver a casa por temor a que la realidad se convirtiera en una serie policial, me siguieran patrulleros y armaran un escándalo en mi barrio. Ya imaginaba a los vecinos escandalizados, el escrache a mi familia, periodistas buscando roña. Así que decidí al voleo caerle al viejo Starosta, que seguramente ya estaría tomando mate en la galería, mirando a los chingolos. Dueño de un insomnio de décadas, Starosta, que se había jubilado hacía un par de años, tenía una infinita disponibilidad de horas al pedo. Habíamos trabajado juntos durante mucho tiempo, y él, que me llevaba veinte años, siempre había oficiado de padre sustituto, de orientador y protector. Para todos era el Viejo de Mierda, un tipo mal llevado que ya estaba de vuelta, con un humor del orto, a quien todos respetaban por su antigüedad y también por ese carácter jodido. Apenas abrí la tranquera, vi que estaba con otro tipo. Había un remis medio destruido estacionado debajo de un árbol, un Corsa embarrado como si viniera del campo, con un par de golpes severos en la carrocería, vehículo estrafalario más cercano al desarmadero que a transportar con una mínima dignidad a seres humanos. Hasta mi Renault 12, a su lado, podía presumir de decencia.

Estacioné al lado, y se acercaron a olerme los perros, unos matungos cansados que ya ni ladraban; con diez veranos santafesinos en el lomo, ya habían perdido hasta la voz. Avancé por debajo del emparrado hasta la galería, pero aun a la sombra, el aire ya era pegajoso y caliente, ese punto preciso en que uno nota que la ropa comienza a adherirse a la piel como si se tratara de la misma cosa, y a uno dejara de importarle el aspecto, porque en Santa Fe, el calor siempre puede ser peor.

—Pasá, Bicho. Arrimate una silla... ¿Ustedes se conocen?

El tipo se paró y me estiró la mano:

—Balán, Ovidio Balán —dijo estrechándome la diestra con energía.

Ese nombre: había escuchado historias de Ovidio, muchas de boca del mismo Viejo, pero era la primera vez que lo veía. Me resultó un tipo extraño, medio anacrónico, peinado con fijador, con la ropa antigua, bastante deteriorada, de una elegancia pasada de moda o, mejor dicho, vestido al modo que se interpretaba como elegante veinte años atrás; un clásico, pero trajinado por el tiempo y la mala vida. Y lo que más me llamó la atención fue que usara mocasines tostados sin medias.

—No quería interrumpir, Staro... sigan en lo suyo —dije advirtiéndole que no podría consultarle nada al Viejo en esa situación. De Ovidio sabía que en un tiempo había pasado por el banco, como tantos. Allí lo único invariable era el Viejo, y que el Viejo lo apreciara pese a las habladurías que vinculaban siempre a Balán con chantadas, con negocios berretas que lo habían terminado por condenar a la marginalidad. Pero muchos de esos comentarios eran chamuyos de bar, comidilla de tipos al pedo hablando de ausentes, como solía ocurrir. Cualquiera que conociese Santa Fe sabría que había que tomar esas habladurías con precaución porque muchas veces estaban teñidas de mala leche o intencionalidades mal disimuladas.

Ahora mismo, Ovidio le contaba al Viejo, y me hacía partícipe inconsulto, de sus experiencias en un hotel alojamiento de Aris-

tóbulo al fondo; una seguidilla de incidentes con gente brumosa o insólita que aparecía por el hotel. Ovidio relataba, con tono de tragedia, episodios que resultaban patéticos, pero el Viejo de Mierda escuchaba con oído atento de confesor.

Yo estaba abrumado por lo que me acababa de ocurrir, y prestaba una atención distante, aunque ya tenía ganas de irme a la mierda. Ovidio, a quien todos llamaban “el Ovi”, hablaba de un pastor de una iglesia ignota, discípulo de no sé quién, un jovato que solía caer a la hora de la siesta con dos muchachos, a quienes, pese a las normas de la casa, los admitían como si vinieran a hacer la limpieza. Al parecer, en el telo tenían cierta clientela fija con determinadas prebendas. El pastor llegaba en un Audi con vidrios polarizados, pedía la habitación más grande, se desnudaban y, con una varita de sauce, empezaba a castigar a los pibes. Siempre eran diferentes los participantes, salvo el pastor, que parecía ir domesticando a la feligresía de a pares. Los hacía leer pasajes del Antiguo Testamento, y después, siempre en orden, “le rompían el culo”, según palabras de Ovidio. La puesta en escena contemplaba una música especial previamente seleccionada: Enya, unas melodías pajeras, gomosas como chicle, que acompañaban la zurra, la lectura y el culeo.

—Mirá que he visto cosas raras, pero esto... uno le daba por el orto, y el otro seguía leyendo. Y después cambiaban. Nosotros teníamos una mirilla panorámica: veíamos todo, porque nunca se sabe. Tuvimos gente golpeada mal, algún asesinato... Pero siempre supuse que el pastor sabía que lo espíabamos, y eso, más que gustarle, lo calentaba, como si protagonizara una película para pajeros mirones.

Ovidio contaba otros episodios de violencia medio salvaje, escenas patéticas de introducción de objetos absurdos, y para todo su relato usaba un tono laxo, como si estuviera tomando un café con leche; no se le movía un músculo de la cara, y eso volvía más desagradables las historias, como si él también, a la

par del pastor, estuviera actuando para un hipotético público. El Viejo de Mierda lo escuchaba con la impasividad de siempre, intercalando algún “ajá” cada tanto, como muestra de que estaba prestando atención. Yo era el único que parecía horrorizarse. Mi vida había sido tanto más lineal, más previsible, y aunque no comía gofio, ni ignoraba que existieran esas cosas, me resultaban tan lejanas como incomprensibles.

No permanecí sentado mucho tiempo; promediaba la mañana y pensaba si Dafne ya se habría levantado, si habría corrido la noticia por el barrio. Por momentos creía que aquello ya no tenía remedio, que iba a ser fácil dar conmigo porque nunca falta un buchón, un comedido que uno no advierte, y el tipo tiene anotada hasta la patente del auto. Pensé en llamar a Cantú. No lo veía hacía años, pero Laureano tenía contactos políticos, era abogado y, si apelaba a su memoria, seguramente recordaría los tiempos de juventud en que lo frecuentaba con un pequeño grupo de exalumnos. De cualquier modo, el tiempo y la distancia no me otorgaban ninguna garantía: la gente cambia, se acomoda para sobrevivir, adquiere compromisos, ¿por qué me iba a ayudar si seguramente habría olvidado hasta mi nombre?

Ovidio hacía pausas en el relato, y con el Viejo Starosta se quedaban mirando hacia el terraplén en silencio:

—¿Te acordás cuando se veía el río?

—Eso fue hace mucho, Viejo, antes de la inundación. Ahora no se te mete el agua, pero no ves un carajo: perdimos el paisaje.

—Bueno... te lo imaginás: la costa, el pedacito de playa. A la tarde a veces trepo y miro el río. "Ta lindo, pero no hay pesca; no llega nada más que algún sábalo, un armado. Antes había surubí, pacú, hasta algún dorado llegaba...

—Eso se acabó, Staro. Lo que fue, fue.

—... vos te ibas con la caña a la mañana, o te embarcabas en un chinchorro hasta ahí nomás, y a mediodía tenías el pescado en la parrilla.

—Otros tiempos, Viejo. Olvidate mejor.

Yo quería olvidar, borrar esa mañana de mi vida como si no hubiera ocurrido, justo después de una noche llena de sorpresas y revelaciones, que suponía acababa de grabar en mi memoria a una Dafne inesperada. Me quedé callado en la galería, tomando algún mate esporádico, hasta considerar que ya no tenía sentido permanecer allí e interrumpir el anecdotario de Ovidio Balán. El Viejo Starosta le daba pie para que se expplayara, le pedía detalles truculentos, y se reía de forma ronca, como si fuese a dejar de respirar. Era gracioso Ovidio: sin proponérselo, sus historias parecían de un humorista patético de otro tiempo, como los contadores de cuentos cordobeses. La diferencia estaba en que Ovidio narraba sobre algo que, supuestamente, era bastante real, aunque esa realidad, si existía, sonara a ficción. Por momentos, sin darse cuenta, Balán estaba contando su tragedia personal, una serie indetenible de decisiones desafortunadas que él convertía, a fuerza de convicción, en las únicas opciones posibles, un fatalismo resignado.

Me despedí cuando el relato comenzó a ofrecer baches.

—Quedate a comer, Bicho. Algo de pescado tengo...

—Otro día, Staro; hoy tengo que hacer.

*Ta loco aquel que quiera tu corazón*, de Carlos Bernatek,  
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2024  
en Talleres Gráficos Elías Porter, Plaza 1202,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.  
La tirada fue de 2.000 ejemplares.

Santa Fe, una madrugada húmeda y calurosa. El Bicho Urdaneta atropella a un joven con una bolsa de dinero y, a partir de ese instante, su vida toma un giro de 180 grados.

*Ta loco aquel que quiera tu corazón* presenta una Santa Fe signada por el misterio y la sordidez, donde la moral es puesta en jaque noche tras noche. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar el Bicho para salvar su vida? ¿Existe una salida limpia? ¿Cuál es el límite?

Con una prosa íntima y audaz, Carlos Bernatek logra un retrato literario cargado de humanidad y fatalismo, y nos invita a acompañar al protagonista en un viaje que lo enfrentará con las ambigüedades y los silencios de una sociedad de complicidades y lealtades sospechosas.

